

AMIGO NUESTRO

A: MANOLO GARCÍA IN MEMORIAM

“Dichoso el que con vida intachable camina en la Ley del Señor. Dichoso el que guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón”.

Salmo 118, 1-2

Así lo buscaste tú, amigo mío; así lo buscaste en tu familia, en tu vida personal, a través de tu esposa, hijos y nietos, en tu comunidad, en tu trabajo, en tu propio templo. ¡Y lo hallaste! ¡Has visto el rostro del Señor, has palpado su misericordia!

En tu fecundidad de hijo, amigo mío, nos mostraste otros caminos de búsqueda apostólica; fuiste pródigo en detalles, desbordante de alegría y de entusiasmo. Tu esperanza y fe nos daba fuerzas para seguir adelante, por eso eras “dichoso”.

Como María, tú hiciste con tu ejemplo de vida tu propio Magnificat, y acunado en sus maternas manos nos enseñaste a amarla mucho más. Tu incansable energía no conoció límites, la abnegación y el sacrificio tampoco y así te convertiste en “el imprescindible Manolo”, para todo y para todos.

Amigo nuestro, cuando las dificultades de la vida trataban de destruir nuestra esperanza, tú, recordándonos “el buen olor que de Cristo sube hacia Dios” (2 Cor 2,15), te ponías en acción para despertar en nosotros la fuerza misteriosa que irradia cada creyente en medio de las pruebas y consagrabas a todos, tus pensamientos, esfuerzos y tu caridad. Esta es la razón de que el dolor de tu partida ceda ante la gratitud por la vida que ofrendaste; amigo mío, hoy te vemos más como el pequeño instrumento de Dios del que surgían hermosas melodías de amor y que nos hicieran danzar con alegría en alabanza y gloria; hoy sentimos tu amor, grato a Dios y a los hombres.

Amigo nuestro, desde tu altura y cercanía al misterio, ¿seguirás nuestro rumbo y atolladeros? Estamos seguros, aquellos que disfrutamos de tu amistad y que así será por siempre, pues esa fue tu vocación y apostolado. Por ello imploramos hoy, a un año de tu partida, tu oración por esta Iglesia que aún te recuerda y te llora, por aquellos a quienes tanto amaste, por los que tanto te esforzaste, por los pobres, los humildes, por tus hermanos.

Amigo nuestro, ya no estarás nunca más a nuestro lado físicamente, pero los frutos de tu siembra recogeremos y, en ofrenda al Dios generoso que te acogió, seguiremos sembrando la semilla del Evangelio como tú querías, como tú quieres, como tú lo harías.

Gracias por todo, amigo mío, amigo nuestro.

*Colaboración de
María Isabel Rodríguez
Parroquia Sta. Clara de Asís*